



Excmo. Sr. D. Samuel Hadas
Embajador del Estado de Israel

Religión, dimensión ausente de la diplomacia internacional

La importancia del factor religioso en las relaciones internacionales es resaltada cada vez más en la cobertura de los acontecimientos y en la literatura de temas internacionales. En uno y otro caso se destaca cada vez más la importancia del factor religioso en la comprensión de la actuación de distintos factores que operan en la arena internacional. Samuel Huntington, en su célebre, y discutido, libro *Clash of Civilizations*, recuerda que desde el fin de la Guerra Fría, conflictos interculturales basados en valores no-negociables con raíces en la religión podrían transformarse en línea divisoria mayor, causa de conflictos internacionales.

La estrepitosa -e imprevista- caída del Muro de Berlín en 1989 fue para muchos el presagio de una nueva era de seguridad y cooperación en el mundo. Las expectativas eran enormes. Se esperaba un nuevo y pacífico orden mundial en el que se impondría el reino del derecho sobre la anarquía del sistema internacional y se lograría incluso una situación de paz que sería garantizada con medios adecuados que harían improbable un conflicto armado. Este nuevo orden internacional se difuminó aún antes de ser esbozado siquiera. Lo que tenemos en su lugar es un nuevo desorden internacional que clama por el orden.

Vivimos una época en la que el terrorismo, sobre todo aquél motivado por quienes instrumentalizan la religión, se ha convertido en protagonista singular de la arena internacional. El resurgimiento y la manipulación del etno-nacionalismo, así como la expansión del fundamentalismo religioso, que asumen formas cada vez más violentas, constituyen una clara amenaza. Son las trágicas consecuencias de la acción violenta de determinados grupos fundamentalistas, que han levantado muros de intolerancia y levantando nuevas fronteras -no geográficas, por supuesto- y es su acción la que puede representar uno de los mayores riesgos para la sociedad internacional hasta bien entrado el Siglo XXI. Aquí es donde se produce la conexión fundamentalismo-terrorismo y donde se corre el letal riesgo de que se produzca la ecuación terrorismo-armamento de destrucción masiva, sea químico, biológico e incluso nuclear. Ello ya no es tema solamente de novelas y películas de ciencia-ficción.

De hecho estamos en plena guerra, una guerra impuesta por un nuevo totalitarismo: el totalitarismo religioso. La Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría fueron contra totalitarismos seculares, el nazismo y el comunismo. La Tercera Guerra Mundial, escribe el comentarista del New York Times, Thomas Friedman, es una batalla contra el totalitarismo religioso, una visión de mundo que dice: Mi Fe debe reinar y puede ser afirmada y sostenida apasionadamente solo si todas las otras son negadas. Pero a diferencia del nazismo, el totalitarismo religioso no puede ser combatido solo con las armas. Es una guerra que debe ser librada principalmente en escuelas, mezquitas, iglesias, sinagogas y puede ser vencida solo con la ayuda de los líderes religiosos de las tres religiones monoteístas, aquéllos que promueven lo contrario al totalitarismo religioso, una ideología de pluralismo, una ideología que aliente la diversidad religiosa y que la fe de uno puede ser nutrida sin reclamar la verdad exclusiva.

La política mundial, escriben los futuristas Alvin y Heidi Toffler, solía estar dominada por gobiernos que competían entre sí. Hoy día, otras entidades, además de los gobiernos, ocupan el ruedo geopolítico. Hay de todo, desde corporaciones transnacionales hasta redes globales de mafiosos y narcotraficantes, un laberinto de agencias y decenas de miles de organizaciones no gubernamentales. En un subgrupo especial -agregan- están las grandes religiones del mundo.

Vemos como surge un abanico de actores que han comenzado a tener un protagonismo que se incrementa cada vez más, haciendo más complejas las relaciones entre los Estados y pueblos y en sus propias sociedades. En esta categoría encontramos a aquellos sectores que pretenden imponer -sin respetar fronteras- un nuevo totalitarismo, el religioso fundamentalista. Aquí encontramos a aquellos "superdotados" que instrumentalizan la religión e intentan crear nuevas fronteras que se superponen a las territoriales ya existentes, fronteras que separan entre las religiones, comunidades y pueblos. Ellos se han constituido en los principales factores de desestabilización al utilizar la religión como factor político de movilización, utilizando la religión para sus fines políticos. Algunos líderes se han arrogado el derecho de interpretar la voluntad divina de un modo infalible, generalmente de una manera que rechaza el diálogo con el "otro", el "diferente". Desgraciadamente no pocos líderes religiosos han educado e insisten en educar e invitar a la violencia en nombre de Dios y de la religión, contra otra religión en particular.

En el transcurso de la historia, además está recordarlo, ha habido momentos en los que la religión ha sido la que determinó fronteras políticas. Las tres grandes religiones monoteístas han ejercido su influencia sobre la política, las identidades culturales y las diferentes concepciones vitales a lo largo de los siglos y continuarán haciéndolo en los años venideros. Esta afirmación es particularmente cierta, por ejemplo, en el caso de Oriente Medio, donde la influencia que la religión ejerce sobre la sociedad, al contrario de lo que ocurre en otras partes del mundo, en vez de disminuir, está aumentando. En aquella parte del mundo, cuna de las tres religiones monoteístas y de la fe de Abraham, la religión no es para los judíos, cristianos y musulmanes, solamente una cuestión de conciencia, aislada de otros asuntos públicos, como ocurre en otros muchos países y ha impactado profundamente en la política y la cultura de los pueblos. Incluso en Occidente somos testigos de un gran incremento de la religiosidad. No solamente esto: somos testigos de la exacerbación de identidades religiosas que se proclaman contrarias a las restantes.

A mediados de la década de los 70 se pudo asistir a la aparición repentina y casi simultánea de movimientos político-religiosos en el mundo musulmán, en el mundo cristiano y en el mundo judío, sostiene Gilles Kepel en la conferencia inaugural del simposio internacional Fronteras políticas y religiosas en el Mediterráneo. El avance de la religión en el ámbito de la política es notable y la religión politizada se hace cada día más relevante como protagonista en la arena internacional. Dios está ganando la batalla de la política global y la modernización, democratización y la globalización solamente le han hecho más fuerte, escriben los profesores norteamericanos Timothy Shah y Monica Duffy Toft

Pero la religión ha sido tradicionalmente contemplada desde Occidente, como una materia estrictamente teológica, tanto por líderes políticos, como por teóricos de la política o diplomáticos y en numerosas ocasiones se ha obviado la importancia y el impacto de los fenómenos religiosos en las relaciones internacionales. Así, los líderes políticos no siempre están preparados para explorar el potencial positivo que la religión puede ejercer en la resolución de conflictos y ocuparse del factor religión en la solución de algunos de los conflictos que nos afligen.

El anterior presidente del Pontificio Consejo de las Comunicaciones Sociales de la Santa Sede, el Arzobispo John P. Foley, en conferencia sobre el papel de los líderes espirituales en la mediación del conflicto civil, comenta que, desgraciadamente, es un hecho que hay personas que usan con cinismo la religión y las diferencias religiosas no sólo para disculpar, sino incluso para incitar al conflicto y la agresividad. Así hacen que la religión deje de ser un medio para la solución de situaciones conflictivas y lo convierten en causa o incentivo de tales situaciones. Existen los que incitan abiertamente al conflicto en el nombre de sus religiones y ven como enemigos políticos a erradicar a quienes tienen una interpretación diferente sobre la forma de vivirla.

Existen concepciones equivocadas, que distorsionan el papel que juega la religión, al considerar que la misma tiene una fuerza marginal y decreciente en el contexto social. La influencia de la religión en los conflictos surgidos a lo largo de la Historia ha arrojado resultados negativos en ocasiones, resultados que son bien conocidos por todos. Sin embargo, las contribuciones positivas que la religión ha aportado para la resolución de conflictos y crisis son menos conocidas.

No se si es un buen ejemplo la mediación fructuosa de la Santa Sede en la solución del problema fronterizo entre Argentina y Chile, en el Canal de Beagle. Otros ejemplos: la mediación de líderes religiosos entre el gobierno y líderes guerrilleros en Mozambique (Comunidad San Egidio). O el papel de los líderes religiosos en la transición pacífica en Sudáfrica, en Filipinas y en Rodesia, hoy Zimbabwe. También contribuyeron grupos religiosos a la reconciliación entre Francia y Alemania. Estos casos son ampliamente comentados en el importante libro *Religion, The Missing Dimension of Statecraft*, editado por el Dr. Douglas Johnston (Oxford University Press, 1994).

Los factores religiosos, culturales y psicológicos, los sentimientos, las diferentes percepciones y experiencias históricas, complican con frecuencia las cuestiones políticas, económicas o territoriales, escribe el Embajador español Pedro López de Aguirrebengoa. Numerosos conflictos tienen raíces en enfrentamientos debidos a motivos religiosos, y la diplomacia en la mayoría de los casos, no está preparada para gestionar conflictos de esta naturaleza. La religión es percibida como un obstáculo para la obtención de soluciones pacíficas a conflictos, sobre todo cuando la religión influye en la concepción de vida colectiva de los pueblos involucrados, así como en sus identidades nacionales como, por ejemplo, sucede en el conflicto palestino-israelí. Sobran los líderes religiosos que no solamente no han hecho contribución alguna a la paz, sino que su actuación ha sido totalmente negativa. El profesor Barry Rubins sostiene, para dar un ejemplo, que la política exterior de EEUU en las últimas décadas frecuentemente han malinterpretado la importancia de la religión en la política nacional y el comportamiento internacional de algunos países y regiones. Esto le ha llevado a análisis incorrecto y repuestas políticas que han probado ser muy costosas. Si la experiencia anterior es evaluada correctamente -agrega- Estados Unidos será capaz de evitar potenciales desastres futuros.

Como es evidente para la mayoría, la religión debería fomentar la paz y la armonía. Por ello, los diplomáticos no deberían ignorar el papel tan relevante que los líderes religiosos pueden jugar, cuando son leales al verdadero espíritu de su fe. Estos líderes guían a los creyentes de un modo positivo, transmitiendo el verdadero mensaje del Judaísmo, Cristianismo e Islam, que es un mensaje de paz. Los líderes religiosos no pueden sustituir a los políticos, pero podrían muy bien intentar preparar el terreno en sus comunidades y acompañar el proceso político. Los líderes religiosos deben implicarse y los responsables políticos deben pedirles que se impliquen, sostiene Michel Sabbah, hasta hace poco Patriarca latino de Jerusalén.

Vivimos en una época en la que las armas de destrucción masiva están en manos de un número creciente de países, algunos inestables desde el punto de vista político. Si bien no existe hoy en día una amenaza comparable a aquella de la Guerra Fría, concurren un conjunto de conflictos locales que amenazan la estabilidad de regiones y países enteros. Vivimos en un tiempo en que el terrorismo, especialmente aquel promovido por aquellos que instrumentalizan la religión, se ha convertido en la prioridad de la agenda internacional. La consecuencia trágica de la acción violenta por parte de ciertos grupos fundamentalistas es que se han erigido muros de intolerancia, y además, los actos del terrorismo exigen una atención creciente. Esta acción violenta es la que presenta hoy mayores riesgos para la sociedad internacional, y probablemente continuará haciéndolo a lo largo del siglo XXI.

Los componentes religiosos de algunos conflictos y el resurgimiento de movimientos que pueden causar daños indescriptibles en el nombre de Dios y de la religión, sólo pueden ser reconducidos mediante un diálogo permanente y profundo entre las religiones. Estos esfuerzos deben orientarse hacia la superación de los malentendidos, la intolerancia fuertemente arraigada y la confrontación que está presente en tantos ámbitos.

El diálogo interreligioso entre judíos, cristianos y musulmanes es por lo tanto, de una importancia crucial, no como un objetivo en sí mismo, sino como un medio para lograr la coexistencia y la cooperación entre estos pueblos.

La cooperación entre creyentes de distintas religiones es a la vez necesaria y posible, si nuestro objetivo común es lograr un mundo en que la coexistencia pacífica reine y si creemos que ninguna

guerra o acción violenta puede promoverse en el nombre de la religión. Los políticos, diplomáticos y líderes religiosos deberían tener el objetivo común de dar todos los pasos necesarios para lograr que la sociedad de Oriente Medio se abra más a la reconciliación, la justicia y finalmente, la paz.

La introducción de motivaciones religiosas en un conflicto, generalmente implica la introducción de elementos que generalmente impiden la reconciliación entre las partes. Un conflicto basado en rivalidades nacionales, casi siempre está abierto a una solución, e incluso a un compromiso. La explotación interesada de la fe de los creyentes no ha sido adecuadamente enfrentada por los líderes religiosos que enseñan los verdaderos valores de su religión. Estos aún no han logrado convertirse en catalizadores de una reconciliación auténtica en un contexto de paz.

¿Puede la religión contribuir al diálogo entre las naciones en lugar de ser un factor de discordia en la comunidad internacional? ¿Puede la religión abrir canales de diálogo y reducir tensiones y servir de puente dónde factores seculares han fracasado?

Los políticos, diplomáticos y líderes religiosos deberían contribuir a la transmisión de un mensaje de tolerancia y respeto (un mensaje que enfatice lo que une a las gentes y respete aquello que les divide). Del mismo modo, deberían evitar que la religión sea monopolizada por extremistas sin escrúpulos, que pretenden utilizarla en su propio beneficio, y por populistas que proponen soluciones fáciles y “baratas” que están casi siempre basadas en la miseria. Como personas que proceden de culturas religiosas, deberíamos enseñar mejor comunicación, crear un nuevo léxico para el diálogo y para el intercambio de las riquezas de nuestros respectivos legados espirituales.

Los políticos y los diplomáticos deberían asumir un papel más activo en la promoción del diálogo interreligioso, con el fin de intentar superar los antagonismos culturales y religiosos. Éste debería ser uno de los objetivos primordiales de sus agendas. No podemos ignorar el potencial de la influencia positiva de la religión en la conciencia de las personas. Aunque las religiones han sido el catalizador de conflictos sangrientos, hoy en día pueden contribuir a resolverlos. Las religiones deberían tener un papel primordial en el fomento del diálogo y de la coexistencia entre diferentes pueblos y comunidades. Los políticos y los diplomáticos deberían intentar encontrar medios para resolver conflictos y tensiones entre las religiones, que van más allá de los mecanismos con los que se cuenta en la actualidad para abordar la fuente del conflicto mismo.

Los políticos y diplomáticos deberían reconocer el papel constructivo que pueden desempeñar en la construcción de la paz entre las religiones. Por ejemplo, pueden animar a los líderes religiosos de sus respectivos países (o en el extranjero) para comprometer sus esfuerzos en la promoción de la paz y la cooperación entre las diversas religiones. Si los políticos y diplomáticos son conscientes de la importancia de la religión en la construcción de la paz, serán capaces de establecer medios, formales e informales, para cooperar con los líderes religiosos.

Entre estos medios, podemos señalar los siguientes:

1. Identificar las causas profundas de las tensiones locales e internacionales.
2. Reconocer el carácter definitorio de los elementos espirituales que están presentes en los conflictos entre pueblos y comunidades.
3. Diseñar acciones para superar la ignorancia que existe sobre la importancia de la religión, tanto en el sistema diplomático de análisis, como en la clase política.
4. Establecer acciones para lograr que los parlamentarios y funcionarios se impliquen más en las relaciones interreligiosas.

En las relaciones internacionales son los Estados los que toman las decisiones, basadas siempre en cálculos de poder e intereses. Pero el elemento religioso no debería ser ignorado y puede constituirse en factor positivo en la búsqueda de soluciones pacíficas a los conflictos que nos aquejan. En un mundo en el que la aldea global ha borrado fronteras, la paz no es únicamente responsabilidad de los gobiernos.

Intentar superar el antagonismo cultural y religioso debería ser una de las prioridades en cualquier intento de pacificación y de creación de marcos internacionales de cooperación. Ello, sin ignorar el potencial de las religiones. Así como en el pasado han causado conflictos sangrientos, han contribuido y podrán hacerlo nuevamente en el futuro, a prevenir y resolver conflictos.

Este objetivo representa un gran desafío para los diplomáticos pero también ofrece nuevas oportunidades a fin de "salirse" de los marcos tradicionales de la diplomacia internacional hacia las nuevas metas impuestas por una nueva e impredecible era, en cooperación con los líderes religiosos para promover la paz con justicia. En la turbulencia que marcará el escenario mundial, escriben los futuristas Alvin y Heidi Toffler, en artículo publicado en La Nación en febrero de 2002, la religión será una vez más, un tema de discusión dominante.

Vivimos en una era revolucionaria, escribe el presidente de Israel, Shimon Peres, en muchas formas el fin de la historia convencional y el inicio de una era totalmente nueva. Posiblemente las cosas sucedan, como decía en el siglo XIX el estadista británico Benjamin Disraeli, al hablar del futuro, que "lo que anticipamos raramente ocurre; y lo que menos esperamos es lo que generalmente sucede", no quiere decir que no debemos marcarnos objetivos e intentar implementarlos. Y si tal como se vislumbra hoy, el futuro no da lugar a ser excesivamente optimistas, seamos, por lo menos, cautelosamente optimistas e intentemos cambiar las cosas.